

Comentarios a treinta años de Medellín

Medellín ayer, hoy y mañana

José Comblin,
Bayeux, Brasil.

Medellín no es sólo una realidad de ayer, vive todavía hoy y con toda seguridad vivirá mañana. ¡Pero en formas muy distintas!

Ayer, en 1968, se respiraban aires de libertad en el mundo y en la Iglesia. En Medellín, el aire de libertad lo invadió todo. Ahora bien, donde hay libertad, allí está el Espíritu, como decía san Pablo. La libertad es lo que hace la diferencia. En libertad todo asume un aire diferente, mientras que en ambiente de opresión, todo se torna triste, inseguro y sin fuerza.

En el mundo soplaban aires de libertad. El tercer mundo se estaba levantando —lleno de esperanza—, porque virtualmente había terminado la descolonización —sólo quedaban las colonias portuguesas. Y con la libertad nace la esperanza. En los pueblos del tercer mundo nacía la esperanza. Parecía como si toda América Latina despertase de 500 años de sueño, y con ello también nacía la esperanza. También el primer mundo pasaba por una época de optimismo. En Europa se habían instalado las estructuras del Estado de bienestar con la alianza entre demócrata cristianos y socialdemócratas. En Estados Unidos reinaba el proyecto de la *great society* de Lyndon Johnson, forma acabada del *new deal* de Roosevelt. El Partido Demócrata parecía triunfar. Incluso en el imperio soviético, las reformas de Kruschef parecían anunciar una nueva época, aunque luego quedó desmentida por la represión de la primavera de Praga. En Cuba, la revolución brillaba todavía como luz de esperanza para los pueblos de América.

En aquellos años, unos usaban la palabra *reforma* o *desarrollo*, otros la palabra *revolución*; pero todos hablaban del futuro, querían preparar un porvenir y estaban seguros de que ese porvenir iba a ser mejor que aquel presente. A mucha gente le encantó la fórmula de “revolución en libertad” o bien la de “el

socialismo por la vía democrática". Cada cual se sentía libre de escoger. Medellín tuvo lugar precisamente cuando las élites no apoyaban esos movimientos, sino que estaban desconcertadas, y muy pronto iban a recurrir a la creación de regímenes militares.

Ese aire de libertad duró hasta 1973: el golpe de Pinochet en Chile fue una señal para todos y todos lo sintieron así en América Latina. Cayó la esperanza que todavía no ha renacido, a pesar de la restauración formal de la democracia. Y esa nueva democracia no genera esperanza, porque no da libertad a los pueblos.

La década de los setenta fue un tiempo de transición de una era de libertad a una era de renovada opresión. Estados Unidos volvió a reafirmar su vocación imperial e intentó recuperar el control de América Latina, misión encomendada a los militares latinoamericanos, cuidadosamente preparados en las escuelas y las bases militares de estadounidenses. Las fuerzas armadas tuvieron que abrir las puertas al capital financiero, a las multinacionales y a toda la cultura norteamericana. Lo hicieron muy bien, y cuando se retiraron pudieron decir: ¡misión cumplida!

En los setenta —lo que llegó a plenitud en los ochenta—, en Estados Unidos se preparó la "rebelión de las élites", como decía uno de los más agudos analistas de la sociedad estadounidense, Christopher Lasch. Fue una revolución, que era naturalmente una contrarrevolución, liderada por los presidentes Reagan y Bush y por un Partido Republicano animado por la "nueva derecha", llenos de agresividad y triunfalismo. Declararon la guerra a los pobres, iniciaron programas políticos destinados a aplastar a las organizaciones y movimientos populares. La guerra todavía continúa y el presidente Clinton, aunque elegido con otro programa, tuvo que ceder y actuar como si fuera un presidente republicano. Como un signo de todo ello, los republicanos conquistaron la mayoría en las dos cámaras del Congreso.

En América Latina, el cambio en Estados Unidos tuvo profundas repercusiones. La nueva derecha estadounidense tiene como bandera y como programa el neoliberalismo más implacable. Su ídolo es Milton Friedman. El neoliberalismo invadió América Latina por todos lados: por el canal de las universidades, especialmente las escuelas de economía, por la vía de los gobiernos, por la vía de la publicidad cultural, por las multinacionales y toda su publicidad. Fue el anuncio de una nueva era de felicidad y prosperidad.

En Chile, el neoliberalismo fue implantado en 1975. En los demás países, entró en vigor en los últimos años de la década de los ochenta y al principio de los noventa. Arrasó como un huracán. Aplastó los movimientos sociales de los trabajadores, impuso su ley en los gobiernos. Fueron los años de triunfo de los nuevos héroes de la globalización y modernización: Carlos Salinas de Gortari,

Carlos Menem, Hermán Büchi, Alberto Fujimori, Fernando Collor de Melo, Fernando Henrique Cardoso. El triunfo de las burguesías fue arrogante y cínico. Fue la gran revancha de los ricos contra los pobres, que los habían asustado por un momento, entre 1960 y 1973. Fue, y todavía es, una gran guerra de los ricos contra los pobres.

Esta situación ha quedado muy clara en un sociodrama que todavía no ha terminado. Estoy escribiendo en el mismo momento en que Pinochet todavía está detenido en Londres. Desde hace tres meses, toda la burguesía chilena está histérica. Se muere de rabia porque se siente impotente para defender a su ídolo. Nunca como ahora se ha manifestado con tanta claridad el odio de los ricos a los pobres: ¡el hombre que les dio más que riqueza, opulencia, está detenido! Se está manifestando todo el menosprecio, habitualmente escondido bajo las apariencias de civilización. Es el odio de los ricos hacia los "rotos" chilenos.

Al mismo tiempo, el gobierno y los partidos de la Concertación (demócrata cristianos, socialistas y radicales) están en un desconcierto total. Han descubierto que tienen el gobierno, pero no el poder. El poder todavía lo tiene Pinochet, aun estando detenido en Londres. Todavía hoy le tienen miedo. Y las masas populares le siguen teniendo miedo. Sienten que la dictadura todavía está presente.

En los demás países no hay un sociodrama semejante, pero sí lo es la situación. Es la gran venganza de los ricos, el triunfo cínico de las élites tradicionales. La ideología neoliberal les da la razón: según esa doctrina, el egoísmo de los ricos es la liberación de los pobres. Así lo explican los economistas, que son los nuevos magos.

Por eso, el aire que hoy se respira es de miedo, de desconcierto y sin esperanza. Y lo que más destruye la esperanza es el mensaje mil veces repetido, de que no hay alternativa, de que no hay otro camino.

* * *

También la Iglesia ha tenido una evolución paralela, y no podía ser de otro modo. Aunque los caminos son distintos, se llega a la misma situación.

En los tiempos de Medellín también se respiraban en la Iglesia aires de libertad. El Concilio Vaticano II había tenido como resultado principal la venida de esos aires de libertad. Se estaba saliendo del pontificado de Pío XII, en el cual en la Iglesia el aire se había hecho casi irrespirable. El miedo lo invadía todo. Estaba presente en el clero, entre los religiosos, en los teólogos y en todos los que debían pronunciar una palabra. El reino de la ley era total y absoluto. Al padre Lyonnet le quitaron su cátedra en Roma, por haber explicitado el mensaje de san Pablo sobre la libertad y la ley.

En este contexto, después del Vaticano II, se tenía la impresión de que cada cual podía pensar y expresar su pensamiento también en la Iglesia, cosa que había desaparecido desde el Concilio de Trento. Los obispos que llegaron a Medellín tenían la impresión de que podían hablar libremente y que también ellos podían tener proyectos y tomar decisiones con libertad. Pero en Santo Domingo (1992) fue exactamente al revés: los obispos tuvieron la impresión de que no podían expresarse, y menos todavía elaborar programas de acción. La máquina romana mantenía el control absoluto. De allí el malestar permanente. Se había suprimido la libertad. ¡Que lo diga el cardenal Arns!

En el momento actual, en la Iglesia vuelve a prevalecer el miedo, y solamente algunos ancianos jubilados se sienten libres. De Roma emanan cada año nuevos controles, nuevas advertencias, nuevas condenas. El reino de la ley ha vuelto a implantarse. De allí ha surgido un desconcierto muy grande y un ambiente de desánimo entre todos los que habían creído en Medellín, y habían tenido esperanza. Ahora, muchos dudan y se preguntan si no habían elegido el camino equivocado.

En Medellín estaba presente el empuje dado por la *Populorum Progressio*. Era una invitación a apoyar, a participar y a comprometerse con todas las iniciativas de desarrollo que habían nacido en esa época. Pero cuando con el neoliberalismo vino la gran victoria de las élites y la profunda derrota de los pobres, no pasó casi nada. Santo Domingo dijo algo, pero de modo tan discreto que nadie se dio cuenta.

En Medellín estaba presente, si no físicamente, sí espiritualmente, Paulo Freire con su educación liberadora. La Iglesia estaba interesada en los problemas de la educación, y muchos religiosos y religiosas trabajan en el campo de la educación. En este contexto, el mensaje de Paulo Freire fue una revelación. Muchos sentían que la educación católica había apoyado muchas veces a los sectores más conservadores de la sociedad, pero Paulo Freire ofrecía una salida. La educación liberadora repercutió con gran intensidad. Los obispos llegaron a Medellín como a una escuela de educación liberadora. Hoy día no sólo ha muerto la educación liberadora, sino que ya no hay educación popular de ninguna especie. Todavía hay escuelas, pero no hay ya educación para los pobres.

Del advenimiento de la libertad en Medellín, se retornó al miedo. Medellín subsiste, pero clandestinamente, marginadamente, como un sector sospechoso en la Iglesia. Pero continúa sobreviviendo, aunque sea de esta forma, porque la situación de los pueblos latinoamericanos, que es lo que generó a Medellín, no sólo subsiste, sino que se ha empeorado en muchos aspectos.

Hay un segundo aspecto de Medellín que es necesario subrayar. En Medellín estaban presentes —y en lugares destacados— obispos que ya eran una poderosa luz por su acción comprometida con los pobres, por su clara definición y por

las iniciativas que tomaron para aplicar el espíritu de Vaticano II. Por citar solamente algunos nombres, se sentía la presencia invisible, pero muy real de Manuel Larraín. Allí estaban Leónidas Proaño, Ramón Bogarín, Samuel Ruiz, Marcos McGrath, Helder Cámara, Cándido Padín y varios otros. Se conocía también el testimonio vivencial de obispos de muchos otros países: J. Antonio Dammert, Luciano Metzinger, en Perú; E. Angelelli, en Argentina; G. Valencia, en Colombia y otros.

Junto a estos obispos había miles de sacerdotes comprometidos con la liberación de los pobres. Las religiosas habían empezado el movimiento de salida de los conventos hacia los pobres. Muchas iniciativas estaban ya funcionando en vistas al desarrollo, la promoción o la liberación de los pobres. Por eso, las palabras de los textos de Medellín significaban mucho más que lo que les corresponde en los diccionarios. Detrás de las palabras estaban presentes las vidas de muchos hombres y mujeres de Iglesia, y al frente de ellos, un grupo de obispos, que eran los nuevos “padres de la Iglesia latinoamericana”.

Hoy el discurso no ha cambiado. Todavía se repiten las mismas palabras, pero ahora como palabras sin sentido, como discurso convencional. Se sigue repitiendo el discurso de la opción preferencial por los pobres, pero la práctica es otra. Son palabras... *Words, words, words...* Antes, las palabras decían lo que se hacía y los textos de Medellín eran como su expresión pública por lo menos de una parte de la Iglesia, aquella que más se identificaba con el Vaticano II.

Medellín tiene valor sobre todo como acontecimiento. Los textos subsisten, pero Medellín es mucho más que un texto. Muchos latinoamericanos no han leído los textos, pero, en sus vidas, han vivido guiados por Medellín. Medellín fue una señal levantada, un mensaje para América Latina y un mensaje que repercutió en el mundo entero, porque despertó a muchas iglesias adormecidas.

¿Qué significó Medellín como acontecimiento? Que la Iglesia salía de la sacristía y de la casa parroquial para ir al encuentro de los hombres y las mujeres del continente. Medellín significó que la Iglesia había escuchado el clamor de los pobres después de muchos siglos de haber permanecido sorda. Por eso, Medellín despertó esperanza

Hoy día, la impresión dominante es que la Iglesia, en su mayoría, en los pastores y las ovejas, vuelve al pasado. Mantiene el mismo lenguaje, pero la práctica es distinta. Vuelve a las sacristías y a las casas parroquiales. Ya no escucha la voz de las mayorías pobres y escucha más a su público tradicional, al que asiste al culto.

La Iglesia vuelve a preocuparse de sí misma. Busca recuperar posiciones de poder cultural, político y aún económico. Vuelve a cultivar los sentimientos religiosos, las emociones. No le falta clientela, pues el modelo neoliberal ha hecho crecer la angustia, la desesperación, la inseguridad, el desconcierto de los

pueblos. Estos buscan refugio en una religión, que, por lo menos, les da tranquilidad y paciencia —para ellos un pedazo de cielo en la tierra, puesto que la tierra se ha entregado a los demonios.

Mientras perdure el régimen neoliberal habrá masas humanas que busquen consuelo en la religión: ésta les ofrece milagros, curaciones, salud del cuerpo y del alma, protección por lo menos psicológica, en fin, todo lo necesario para poder aguantar la vida, en una sociedad que ha destruido todos los lazos comunitarios y deja a los individuos en su soledad. Para los solitarios de hoy sólo queda Dios. ¡Cuántos dicen: si no hubiera Dios, no podría aguantar! Para la Iglesia es más fácil volver a esta misión de consolar a los afligidos. Es bueno que lo haga, dada la situación, pero es una tarea sin verdadera esperanza.

Las preocupaciones de la Iglesia actual son: las sectas, la secularización de la sociedad, el relativismo filosófico y la moral de la posmodernidad, lo cual es un indicio de una pastoral a la defensiva. Se repiten los llamados a la evangelización, pero ¿cómo puede evangelizar una Iglesia replegada sobre sí misma, que cultiva un lenguaje propio sin relación con el mundo de los pobres? Ofrece una religión como consuelo, pero no evangeliza.

Y mañana ¿qué será de Medellín? Hay signos de esperanza. Primero, el neoliberalismo ya está de bajada. Hoy, los resultados económicos son tan catastróficos que los mismos gobiernos empiezan a criticarlo. En cuanto a sus resultados sociales, las protestas empiezan a articularse. Al neoliberalismo le quedan pocos años. El movimiento del péndulo cambia y reaparecen de nuevo los desafíos de la pobreza y la exclusión. En unos pocos años, la Iglesia tendrá que expresarse y definirse de nuevo. La voz de los pobres está callada por el momento, pero clamará. Nuevas políticas tendrán que ser aplicadas y los cristianos serán llamados a colaborar.

En la Iglesia estamos llegando al final de un pontificado que la ha marcado mucho. El próximo Papa tendrá que ser diferente. Lo único seguro es que será diferente y tendrá que abrir las puertas de la Iglesia al mundo, a las otras religiones y a las otras iglesias cristianas. Para poder entrar en diálogo con el mundo, las demás religiones y los demás cristianos, tendrá que conceder más libertad a los católicos. En la actualidad, lo más activo en la Iglesia son los movimientos carismáticos y similares, no tanto por su valor intrínseco, sino por el silencio impresionante de todo lo demás. Claro que los movimientos carismáticos no encuentran obstáculos en la actual situación social, sino al revés, pero los demás están desconcertados y desmovilizados, porque han sido reducidos al silencio "obsequioso". No sólo hay algunos teólogos reducidos al silencio, sino que hay miles y miles de católicos que se autocensuran. En América Latina lo que se escucha es un silencio inmenso. Pero esto ya está en declive. En el tercer milenio se manifestará una Iglesia que, por el momento, vive escondida.

La Iglesia tomará otros rumbos en pocos años más y lo mismo sucederá en el mundo. El modelo neoliberal está condenado por la historia. Así camina la humanidad: un paso atrás y dos pasos adelante.

Una nueva generación abrirá el paso otra vez al pueblo de los pobres. Medellín vivirá de nuevo, pues nada nuevo comienza a partir de cero. Todo lo nuevo empieza a partir de un pasado olvidado o reprimido. Y en América Latina, el punto de partida de una nueva etapa sólo puede ser Medellín.

¿Habrá otro acontecimiento? Aún no lo sabemos. Por el momento no acontece nada. Pero algo puede suceder que cristalice todas las fuerzas latentes. La Iglesia de los pobres está latente. Una nueva circunstancia puede sacarla de nuevo a la superficie de la historia. Medellín reaparecerá mañana, como nuevo acontecimiento eclesial.

Recordando a Medellín

**João Batista Libanio.
Belo Horizonte, Brasil.**

A 30 años de Medellín queremos volver nuestra mirada a la Iglesia y a la teología en actitud interrogante. Nos preguntamos qué luz brota para nuestra situación presente de aquella época de gran vitalidad eclesial y teológica, a pesar de la terrible coyuntura política que entonces pesaba sobre el continente latinoamericano con los regímenes militares, que implantaron drásticamente sus dictaduras represivas.

1. Del análisis de la realidad social a la perplejidad ante lo social

En la época de Medellín se daba un contraste desconcertante entre una Iglesia y una teología vivas, creativas, en desarrollo, y la realidad política que se imponía y que era cada vez más cerrada y criminal. Y de este hecho fundamental tenemos que aprender una primera lección, que tal vez estamos olvidando en la actualidad.

En efecto, al ritmo del Concilio Vaticano II, Medellín hizo despertar a muchas iglesias y a la teología latinoamericana para confrontarlas con la realidad, pero no sólo por causa de la presión de la realidad política, sino también y principalmente por la exigencia de la propia fe y por fidelidad al evangelio de Jesucristo.

Es bien sabido que la originalidad de la experiencia eclesial y de la teología surgió precisamente del confrontamiento crítico —en dos momentos— con la realidad. El primer momento es el de escuchar los clamores de la realidad,

captar los desafíos desde la perspectiva de los signos de los tiempos, es decir, de la cuestionante manifestación de Dios, para volverse hacia ella con lucidez, en miras a su transformación. De la realidad, así captada, la Iglesia y la teología sacaban los elementos para su reflexión, meditación, elaboración teórica, de modo que todo desembocase en una actitud de compromiso y de praxis. Eso llevaba, en un segundo momento, a cambios internos en la Iglesia y en la teología.

¿Y en la actualidad? En general se puede decir que tanto la Iglesia como la teología aprendieron la lección de Medellín. A pesar de algunas reacciones “doctrinalistas”, la teología y la pastoral todavía predominantes actúan —como movidas por una fuerza que se las ha convertido en segunda naturaleza— con esta doble mirada: por un lado, el ver críticamente la realidad y, por el otro, dejarse criticar por ella.

Hoy, sin embargo, existe una diferencia y un alejamiento de Medellín, que consiste en un cambio en la mirada a la realidad y en su percepción. Entonces, la atención se volvía hacia las estructuras, sobre todo sociopolíticas y económicas, con la intención de llegar hasta las causas permanentes, generadoras de tanta injusticia social. Los elementos de análisis eran más sencillos, pero permitían ver con mayor realismo la situación en su escandalosa verdad.

Hoy, con la caída del socialismo, con el imperio solitario y destructivo del neoliberalismo, con el desprestigio de los análisis socioestructurales, con la complejidad del mundo económico debido a la globalización, nuestra mirada hacia la realidad está más llena de perplejidad paralizante que de crítica cuestionante, lo cual paraliza pastorales audaces y no inspira teologías creativas.

2. Del pobre hacia las masas religiosas

Llegamos ahora a un segundo punto fundamental. Antes, con la mirada socioanalítica nos enfrentábamos con el mundo de los pobres, en su situación real de pobreza, de injusticia, de opresión. Brotaba en nosotros el grito ético, exigiendo un compromiso transformador. Ahora, con la nueva mirada de la postmodernidad religiosa, encontramos de nuevo al pobre, pero emigrando del catolicismo popular hacia las denominaciones evangélicas neopentecostales.

Persiste la pobreza e incluso es mayor que antes. Pero no es esto lo que preocupa principalmente a muchas iglesias, pastorales y teologías, sino el hecho intrigante de que multitudes de pobres dejan la Iglesia católica y se refugian en los templos neopentecostales. En el esfuerzo por detener esa sangría, las preocupaciones eclesíásticas son ahora una mayor presencia en los medios de comunicación, creyendo que, con ello, se puede dar una respuesta a la búsqueda de esas mayorías populares.

Hay sed de experiencias religiosas y hastío con el discurso social y político. El cansancio de la militancia, en el doble sentido de que, por un lado, los mismos militantes están cansados y desilusionados con tantas derrotas y deserciones, y, por otro, de que las personas ya no soportan su discurso, ha provocado una emigración hacia movimientos espiritualistas.

En este contexto, la memoria de Medellín puede ayudarnos a buscar una síntesis que ha sido y sigue siendo difícil de conseguir. Se trata de articular los elementos críticos socioanalíticos con los nuevos elementos culturales religiosos. Ya no es posible pensar en un cambio profundo de la sociedad que no tenga en cuenta un serio análisis del actual fenómeno religioso, bien que éste sea entendido como rémora paralizante o como fuerza transformadora.

Esta crisis está afectando a las estructuras de la Iglesia, a la educación, a la vida religiosa, etc. Medellín puede ofrecernos, si no, estrictamente hablando, luz teórica, sí al menos fuerza animadora en esos tres campos de la actuación pastoral y teológica.

3. Las nuevas comunidades eclesiales de base

En Brasil siguen realizándose los encuentros intereclesiales de las comunidades eclesiales de base. El último tuvo lugar en 1997, al norte del país y el próximo ya está en preparación. No se ha interrumpido, pues, la tradición iniciada en 1975. Sin duda, las comunidades eclesiales de base deben mucho a Medellín. En aquellos años sólo estaban comenzando, pero al contar con el apoyo episcopal -que fue muy importante- pudieron crecer con vigor.

Esas comunidades se caracterizaban por el binomio palabra-vida, Biblia-acción, fe-compromiso. Tuvieron, por eso, un papel importante tanto en la renovación interna de las estructuras de la Iglesia, allá donde ellas nacieron, como también en la gestación de movimientos sociales y políticos en una línea transformadora.

Estas comunidades han sido golpeadas por la nueva coyuntura político-religiosa en la cual predominan la fiesta y las experiencias carismáticas espiritualistas. Muchas de ellas están reaccionando positivamente, sin perder la inspiración primera del compromiso, incorporando elementos de la subjetividad y espiritualidad que estuvieron olvidados.

Ante esto, Medellín sigue siendo una voz de alerta para que no se descuide la dimensión liberadora de las comunidades, lo cual implica compromiso social, organización y lucha, pero también una nueva comprensión de la transformación de la sociedad que no se logra primera y únicamente por la conquista del poder, sino por un conjunto de cambios que afectan a la cultura. Existe hoy un consenso de que ninguna transformación económica y política tendrá éxito sin un profundo cambio social y cultural.

Pareciera que las nuevas comunidades eclesiales de base se encaminan en esa dirección con la herencia inteligente, crítica y renovadora de la inspiración inicial de Medellín.

4. Educación liberadora

Medellín provocó una revolución en la educación de muchos colegios católicos. Aun en tiempos de represión, en donde la educación estatal caminaba por sendas conservadoras, la escuela católica, por lo menos en Brasil, ensayaba valientemente nuevos caminos. Pero eso no era fácil cuando el alumnado principal provenía de la burguesía. Tratar con ella en una línea crítica trajo muchos sinsabores a los colegios católicos. El ideario de Medellín, sin embargo, marcó, a veces más, a veces menos, el sistema educativo que se iba renovando en esa dirección liberadora.

La actual ola postmoderna, que está afectando a toda la sociedad, también está causando gran impacto en la educación. Se da, con todo, una curiosa diferencia. Antes, muchas iniciativas liberadoras eran provocadas por el idealismo de la generación joven, tanto de los alumnos como de los educadores. Ahora ocurre lo contrario. Es la generación más antigua la que todavía conserva, en parte, el fuego encendido y choca con la indiferencia, el desánimo y la falta de compromiso de las nuevas generaciones.

En esta situación, hay que insistir en la importancia de la realidad histórica para despertar las conciencias. Recordar a Medellín implica animar a las personas al compromiso. Sin embargo, la dificultad no es pequeña, una vez que la postmodernidad predica precisamente la muerte de la historia y el más intenso "presentismo". Se hace casi imposible hablar de "ayer" a aquellos para quienes sólo existe el "hoy", el ahora.

El camino para la Iglesia y la teología se debe encontrar en una síntesis en donde el compromiso no se oponga a la justa gratificación de vivir el presente. No tiene sentido sacrificar una generación presente en nombre de un futuro soñado y prometido, pero sí lo tiene vivir el presente con la seriedad de quienes están construyendo la historia para sí y para otros. El mismo acto de construir es gratificante.

5. La vida religiosa inserta

Medellín tocó muy fuerte a las puertas de la vida religiosa, sobre todo a la femenina. Fue una verdadera revolución. En la práctica, muchos religiosos marcharon hacia las periferias, viviendo en comunidades insertas. En la teoría, se elaboró una teología de la vida religiosa marcada por la opción liberadora por los pobres.

Lo mínimo que se puede decir es que hoy se ha enfriado aquel primer entusiasmo y amor por los pobres en la inserción, tanto por presiones de fuera, como por el surgimiento de una nueva generación ajena a tal mística. Hoy, el mayor valor consiste, sin duda, en la búsqueda de experiencias gratificantes. Y desde esa perspectiva, la experiencia religiosa nunca fue tan seductora como en la actualidad.

Por eso vivimos la paradoja de que existe gran sed de lo sagrado, de la dimensión religiosa de la vida, y, simultáneamente, un enorme rechazo de una vida consagrada institucionalizada, en donde se exige compromiso, disciplina y misión confiada por los superiores. Se puede decir provocativamente que hoy está de moda una experiencia religiosa pre-cristiana, mientras que el seguimiento de Cristo en el pobre se vuelve cada vez más extraño.

Ante esta realidad, la práctica y la teología de la vida consagrada tienen —siguiendo las huellas de Medellín— la misión de discernir entre una experiencia religiosa y una experiencia realmente cristiana —y la vida consagrada pertenece a la esfera de la vida cristiana. La experiencia religiosa puede ser una apertura y una especie de antecámara de la vida cristiana, así como también puede ser lo contrario, es decir, una inmunización definitiva contra el cristianismo. En ese sentido, algunos teóricos hablan de un neopaganismo postcristiano, que intenta resucitar la dimensión religiosa pagana gratificante, que, según ellos, el cristianismo habría destruido con su seriedad y sus exigencias.

Vivimos tiempos nuevos, pero a la distancia de treinta años Medellín tiene mucho que enseñarnos sobre una actitud crítica ante muchos aspectos de la postmodernidad. No todo lo actual es mejor, ni todo lo que pertenece al pasado es peor, pero también es verdad que el pasado sólo sabrá hablar al presente si puede traducir sus valores, todavía vigentes, en un nuevo horizonte de comprensión. Vale la pena intentar ese esfuerzo hermenéutico con Medellín. De lo contrario, perderíamos muchas de las riquezas que se han tornado ininteligibles a una generación que no vivió los tiempos provocadores y prometedores de Medellín.

Medellín. ¿Una “anécdota histórica” o una “experiencia memorable”?

Giancarlo Collet.
Universidad de Münster, Alemania.

Sólo en el transcurso de la historia podemos comprender la verdadera importancia de los acontecimientos históricos. Así, lo que en un principio pudo pare-

cer insignificante o casual puede ir mostrando poco a poco su eficacia y, de esa forma, el alcance y la importancia de tal acontecimiento. Pero también es verdad lo contrario: lo que fue considerado significativo en el pasado puede ir perdiendo importancia en el transcurso del tiempo hasta llegar, a veces, a caer en el olvido o ser víctima de un silencio que lo condena conscientemente a la insignificancia.

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que tuvo lugar en Medellín hace treinta años, es un buen ejemplo de lo que acabamos de decir. La conferencia de Medellín —y para ello basta echar un vistazo a la bibliografía— apenas si fue recogida en los países de lengua alemana. Realmente, Medellín llegó a ser conocido entre nosotros sólo a través de su recepción en la “teología de la liberación”. Y algo parecido se puede decir de América Latina. La conferencia de Medellín llegó a tener importancia eclesial, teológica e histórica, por lo que después desencadenó en la vida real de la Iglesia.

Medellín es todavía hoy la mejor expresión —densa y concisa— de la renovación y el resurgir de la Iglesia latinoamericana. Pero hay que tener en cuenta que, dada la represión que el magisterio ha ejercido sobre la teología de la liberación, y dadas las medidas político eclesiásticas de estos años (designación de obispos con una determinada finalidad, cierre de centros de enseñanza teológica, llegando hasta retirar de las bibliotecas libros de la teología de la liberación), Medellín pudiera convertirse en una mera “anécdota histórica” del pasado. Y es que incluso los representantes oficiales de la Iglesia ignoran a Medellín. El mensaje final del sínodo para las Américas, que tuvo lugar el año pasado, no dice una sola palabra sobre Medellín y Puebla, acontecimientos ambos tan importantes para la renovación eclesial latinoamericana. Por ello, tampoco hay que extrañarse de que, aquí en Europa, Medellín sea muy poco recordado. Y es bien sabido que aquello de lo que no se habla —sean cuales fueren las razones para ello—, difícilmente se mantiene en la memoria y desaparece gradualmente de la conciencia colectiva.

Personalmente, Medellín representa para mí una experiencia de gran trascendencia, tanto teológica como eclesial. Esa experiencia está ligada al concepto que los teólogos latinoamericanos describieron como la “irrupción de los pobres en la historia”. En un ambiente general de renovación social —que en aquel entonces, se hacía notar por todas partes e iba acompañada de un moderado optimismo— los pobres lanzaron sus clamores y reclamaron sus derechos. Los pobres tenían la razón de su parte cuando protestaban contra las condiciones de vida inhumanas y eso originó un consenso casi universal en la sociedad y en la Iglesia de apoyar sus luchas a través de diversas formas de solidaridad activa. Tras esta praxis se manifestaba también algo que, aunque nunca fue olvidado completamente en la historia del cristianismo, en mi opinión, nunca se hizo presente con tanta intensidad y claridad como en Medellín: Dios mismo habla

por los pobres. Medellín lo menciona casi de pasada y sin gran pompa, cuando en el documento sobre la "Paz" afirma que "allí donde dicha paz social no existe, allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo" (Paz 14c). A mi juicio, aquí está la clave decisiva para comprender a Medellín y la renovación eclesial y teológica que tuvo lugar en América Latina después de esta conferencia.

Esta convicción fundamental expresa que toda forma de injusticia tiene una marca cristológica, y desde ahí la conferencia episcopal expresó el deseo de que "se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres" (Juventud 15a). Al hacer esta afirmación, la Iglesia no era ingenua, sino que tenía conciencia del permanente proceso de conversión que esto exige, si es que la Iglesia y todos sus miembros quieren seguir el ejemplo y la doctrina de Cristo. La argumentación teológica para ello quedó expresada en términos sencillos: "Cristo nuestro Salvador, no solo amó a los pobres, sino que 'siendo rico se hizo pobre', vivió en la pobreza, centró su misión en el anuncio de su liberación a los pobres y fundó su Iglesia como signo de esa pobreza entre los hombres... La pobreza de la Iglesia y de sus miembros en América Latina debe ser signo y compromiso, signo del valor inestimable del pobre a los ojos de Dios; compromiso de solidaridad con los que sufren" (Pobreza de la Iglesia 7).

Ese "redescubrimiento de Dios en los pobres" representa, en mi opinión, la inspiración central de Medellín y lo que está en el fondo de los documentos que llegaron a ser la *carta magna* de las iglesias latinoamericanas. Es la manifestación del espíritu que genera una experiencia fundamental, una espiritualidad, una mística de la pobreza, que se manifestará también en las conferencias de Puebla (32-39) y Santo Domingo (178). En ambas, a diferencia de Medellín, los pobres son descritos en su realidad concreta y, positivamente, se dice de ellos que son el lugar de la presencia de Cristo. Esta mística escondida de la pobreza otorgó un perfil propio y evidente a la práctica eclesial y a los proyectos pastorales después de Medellín. El documento "Pobreza de la Iglesia" adoptó esta inspiración, que la formuló de la siguiente manera: "La promoción humana ha de ser la línea de nuestra acción *en favor del pobre*, de manera que respetemos su dignidad personal y le enseñemos a ayudarse a sí mismo. Con ese fin reconocemos la necesidad de la estructuración racional de nuestra pastoral y de la integración de nuestros esfuerzos con las de otras entidades" (Pobreza 11).

Esta intuición central, formulada hace treinta años como consenso sinodal, no fue adoptada desde el principio por todas las iglesias locales ni fue incorporada inmediatamente a su práctica pastoral. Pero eso no quita valor al hecho de que la Iglesia de todo un continente formulase por primera vez la "opción por

los pobres” —palabras con que más tarde Puebla definió la orientación fundamental de la acción eclesial y del pensamiento teológico— como opción obligatoria para todas sus iglesias locales. Por esta razón orientar la vida según esa opción tampoco fue dejado simplemente a la voluntad de cristianos individuales. En la actualidad es preciso mantener ese consenso sinodal —convenga o no a la jerarquía— y protegerlo del olvido. Y la razón es fácil de adivinar: sigue existiendo el escándalo de una pobreza mundial intolerable. Más aún, la pobreza ha aumentado a causa del mercado neoliberal y de la globalización. ¿Quién, si no es una Iglesia que desea seguir al Cristo pobre y que desea ser fiel a él, puede y tiene que convertirse en defensora de aquellos, cuya voz nunca ha sido escuchada y será aún menos escuchada en el futuro? ¿Qué intereses quiere defender la Iglesia en el proceso de globalización? ¿Se distanciará de los conflictos sociales para concentrarse en su campo —el religioso—, aunque no tenga ya mucho significado lo que en este contexto se llama lo “religioso”? La razón más profunda por la que la Iglesia y los cristianos no pueden mantenerse neutrales es la siguiente: si quieren buscar a Dios, tienen que ir al lugar donde Dios ha prometido estar presente (véase Mt 25, 31–46) y en el que se revela. Si la Iglesia se olvida de los pobres, olvida al mismo Cristo, aunque siga mencionando su nombre. En mi opinión, ésta es una de las tareas centrales de la teología actual: recordarnos que el misterio de Dios se manifiesta en los pobres y, desde ahí, justificar el discurso sobre Dios, tanto teórica, como prácticamente.

En conclusión, recordar los treinta años de Medellín significa, en primer lugar, expresar gratitud por el mero hecho de que tuvo lugar en nuestra historia, pues se puede dudar de que sin él se hubiese operado el cambio del “lugar social” y la “conversión” de la Iglesia al mundo de los pobres. Y hay que recordar sobre todo —agradecidamente— a aquellos cristianos y cristianas que sufrieron las consecuencias de esta conversión: obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas, laicas y laicos, que fueron difamados, perseguidos y asesinados por causa de la justicia. Recordarlos significa también dejarse inspirar por su espíritu, de modo que no acaben siendo sólo “objetos estáticos” de adoración, sino que —recordándolos— caminemos según el fiel seguimiento de Jesús. Por último, el recuerdo de Medellín implica reconocer al Espíritu que facilitó este trascendental acontecimiento, y pedir a Dios que ese espíritu nunca se aleje de nosotros: *Veni pater pauperum...*